

# LOS NUEVOS RIESGOS EN ASIA Y EN EL MUNDO

EDUARDO HARO TECLEN

**S**E dice que Brzezinski comentó con cierta satisfacción, ante los cuatro dirigentes occidentales reunidos en Guadalupe, la cuestión de la caída de Camboya en manos de los rebeldes y el apoyo de Vietnam y la URSS a la operación. La URSS, según Brzezinski, se metía en un avispero. Las avispas empiezan a molestar, y probablemente la que más directamente ha podido llegar al rostro del Kremlin es la protesta rumana. Mientras los otros países del mundo comunista se apresuraban a reconocer al nuevo régimen camboyano de Hengy Samrin, Rumania hacía conocer una vez más su disidencia, su disgusto porque un país socialista haya invadido a otro, violando las disposiciones internacionales. Lo mismo ha sucedido en Yugoslavia, donde se pide la retirada de Camboya "de todas las tropas extranjeras". De todas formas, habrá que ver en las posiciones de Rumania y de Yugoslavia algo más que una situación moral o un simple apoyo a los puntos de vista occidentales y chinos en esta cuestión: están ya elaborando la doctrina de una posible defensa propia. La tesis es esta: una potencia socialista no debe ocupar otra, sino respetar su régimen y sus peculiaridades, su "vía hacia el socialismo". Es la primera vez que la Unión Soviética apoya un movimiento rebelde contra un Gobierno comunista, lo cual podría ser considerado como un precedente. Yugoslavia teme seriamente que la próxima desaparición biológica de Tito impida la estabilidad de su régimen, e incluso cree un embrión de movimiento de oposición a sus sucesores, y que este movimiento pudiera estar apoyado por la Unión Soviética, con el equivalente a una invasión largo tiempo deseada por la URSS. Y Rumania tiene una preocupación parecida, como consecuencia de su independentismo, de su separatismo del bloque comunista y de los puntos de vista del Pacto de Varsovia. En cualquier caso, los temas no son comparables. El régimen de Camboya era tiránico, y no lo son en esa medida, ni mucho menos, los de Rumania y Yugoslavia. La existencia de un frente militante de liberación en el interior de Camboya y las relaciones entre los pueblos de Camboya y de Vietnam desde toda la guerra de Indochina presentan unas características muy

determinadas, la idea de que la mayor parte de la población camboyana apoya al nuevo régimen y repudia al caído, que emite continuamente la Unión Soviética, no es una mera propaganda, sino una realidad. Lo cual no impide que hace poco más de un año la URSS defendiera aquel régimen y que los Estados Unidos lo atacaran con violencia, y que en estos momentos los papeles estén invertidos. Por la misma razón que el Japón cambia también ahora sus puntos de vista y se niega a reconocer al nuevo Gobierno de Camboya. Todo está dentro del nuevo juego de alianzas asiáticas y de la nueva amistad con China.

Como el ataque en sí. La URSS está respondiendo, con lo que tiene a su alcance, a esta diferente configuración asiática que la hostiliza. La creación de una Indochina unida y fuerte, con un Ejército de primera magnitud y con la amistad de países vecinos o próximos —Afganistán ha reconocido inmediatamente al nuevo Gobierno camboyano— puede buscar un equilibrio diferente. Se dice que el Ejército vietnamita es el sexto en potencia del mundo: es además, un Ejército aguerrido, formado en una larga lucha. Toda una agrupación de naciones afines en esa zona crearía un frente importante, capaz de desafiar seriamente a las naciones que ahora se reúnen en el ASEAN (Asociación de Naciones del Sudeste Asiático), y que son Indonesia, Malasia, Filipinas, Singapur y Tailandia. Que no son nada sin el apoyo de China y de los Estados Unidos, y que presentan un techo de cristal. Tailandia puede caer bajo la presión asociada de Camboya y Vietnam, y es una de las amenazas de respuesta que discretamente mantiene la URSS. Filipinas —como Indonesia— se mantiene gracias a un régimen tiránico notablemente alejado de los "derechos del hombre", en el que en cualquier momento puede surgir una revolución. El Senado y la prensa de los Estados Unidos están recordando a Carter estos días que las negociaciones que mantiene con el Presidente Marcos de Filipinas pueden sorprenderle alguna vez de la misma manera que le ha sorprendido la revolución en el Irán, y que la elección de aliados debe hacerse dentro de las normas morales que se proclaman. Las negociaciones se basan en el sistema, ya conocido, de reconocer la sobe-

ranía del país en que se encuentran las instalaciones militares de los Estados Unidos que se renuevan, lo cual implica una especie de colaboración con un régimen desafiado por su oposición. En Irán, los revolucionarios que están a punto de ganar su partida repudian a los Estados Unidos, porque han sostenido al Sha hasta el último momento; podría suceder lo mismo en Filipinas en un momento dado. Pero probablemente la necesidad estratégica es superior. El Presidente Marcos juega, naturalmente, con la presión política sobre los Estados Unidos: o éstos refuerzan su régimen, o no le convendrá cederles bases. Y los Estados Unidos acceden en un momento en que la situación asiática es de nuevo grave.

¿Puede esta gravedad entrañar

un conflicto armado? La respuesta es que sí. El conflicto tendría un carácter local, en un principio, de forma que los países agrupados en torno a Vietnam se enfrentaran con los de la Asociación del Sudeste Asiático, y cada uno de estos bloques estuviera ayudado por los países grandes: el uno por la URSS, el otro por China, Japón y Estados Unidos. Pero no se sabe hasta qué punto el conflicto se podría mantener dentro de una localización, y hasta dónde exigiría intervenciones más abiertas. Si es cierto que la URSS se ha metido en un avispero al fortalecer esa ofensiva que conduce a una Indochina comunista prosoviética, no deja de ser cierto que los Estados Unidos pueden verse de pronto metidos en un avispero asiático, del que consiguieron salir una vez



Se dice que el Ejército vietnamita es el sexto en potencia del mundo. Toda una agrupación recibida por el matrimonio Giscard en Guadalupe. Centro: Soldados revolucio-



con considerables heridas en su fuerza, su economía y la moral de su sociedad.

Se está viendo ya que la facilidad con que Carter anunció en un discurso que la nueva relación con China no tendría ninguna implicación en su relaciones con la URSS obedecía a un cálculo falso. El entorpecimiento en el desarrollo de las negociaciones SALT 2, que Washington anunciaba ya como al alcance de la mano, ha sido la primera respuesta. Lógica, si se quiere. A la URSS no puede convenirle mucho acceder a una forma de desarme —aunque sea poco significativo— en un momento en que se siente agredida, la misma fuerza de los duros dentro del régimen soviético se lo impide a Brejnev. La segunda respuesta, y la más importante y dura, ha sido el cambio de régimen en Camboya. La ayuda a la revolución del Irán y a la izquierda de Turquía, en sus propias fronteras, podría ser ya una tercera respuesta. Pero puede haberla más eficaz y más llamativa, dentro del mismo contexto asiático que se está manejando: la de Corea. Los Estados Unidos estaban estudiando la retirada de sus tropas de Corea del Sur; parece que el plan se ha interrumpido ante la posibilidad de

un nuevo conflicto entre las dos Coreas. Los Estados Unidos deben guardar mal recuerdo de ese país que supuso su primera derrota asiática sería y quizá la primera en todos los años de su historia de intervencionismo colonial. Se calcula ahora que Corea del Norte tiene en activo 41 divisiones de tierra; el doble que Corea del Sur, un 40 por 100 más de lo que el Pentágono le atribuye en su última estimación. Probablemente estos cálculos se hacen públicos ahora para justificar la no retirada de Corea, como el Pacto de Manila se presenta bajo la necesidad imperiosa de mantener la estrategia global en una zona amenazada. Pero podría ocurrir que toda esta cuestión de las fuerzas americanas estacionadas en Asia, y el crecimiento de la ayuda en armas y dinero a países afines, sea consecuencia de algún acuerdo no conocido con China y desde luego con Japón: que los Estados Unidos estén comprometidos a mantener una fuerza militar importante para contrarrestar lo que se considera como el reciente poder soviético en la amplia región. Si se imagina que Corea del Norte, en estos momentos, lanzara un ataque contra el Sur, o respondiera a un ataque del Sur —que tam-

bién es posible—, sería difícil imaginar una respuesta militar americana directa.

Cuando se manipulaba con la idea de que el establecimiento de relaciones diplomáticas entre China y Estados Unidos constituía un refuerzo de la idea de coexistencia pacífica y, por lo tanto, una ayuda para la expansión de la paz, se estaban ignorando, probablemente con deliberación, muchas cosas. Una de ellas, que no se trataba de un simple intercambio de embajadores, sino del establecimiento de un verdadero pacto, en el que se incluye el envío de armamento y la cooperación político-militar en toda la zona; otra, que la URSS no podía permanecer insensible ante esta nueva escalada en lo que considera una ofensiva. Cuando el 29 de enero Teng Hsiao-ping visitó Washington para celebrar la nueva amistad entre los dos países, sus conversaciones no se van a limitar a alegres brindis por la paz y el buen entendimiento, sino que van a versar sobre todo el tema estratégico y político: y la posición china es, como se sabe, la más antisoviética del mundo. Moscú no puede permanecer impasible.

Todo esto está haciendo pensar seriamente en la posibilidad no le-

jana de una nueva guerra asiática, de alcance continental, y con implicaciones serias en todo el mundo. Puede ocurrir que, por el momento, todo se limite a un cambio rápido de estrategias, de pactos; a una circulación rápida de armas, técnicos y dinero, y a una nueva configuración de alianzas. Lo hechos consumados se respetarán. Pero en cualquier momento puede surgir un nuevo hecho consumado más —por ejemplo, un cambio brusco de situación en la India, donde el partido de Indira Gandhi, amigo de la URSS, va recuperando las posiciones de las que fue expulsado; por ejemplo, un chispazo militar entre las dos Coreas, o un resurgimiento de la posición armada frente a Marcos en Filipinas— para que la posibilidad de las hostilidades se alce una vez más. Y no se sepa hasta que límite puede llegar.

Mientras tanto, la URSS y los Estados Unidos continúan alejándose, lo cual implica también un riesgo general para el mundo. Las advertencias de que estábamos en una guerra fría no eran vanas. Y que una guerra fría puede calentarse de pronto, aun sin propósito deliberado de nadie, es algo suficientemente sabido por experiencias anteriores. ■



ción de naciones afines en esa zona crearía un frente importante, capaz de desafiar seriamente a las naciones que ahora se reúnen en el ASEAN. (Izquierda: Carter es arios celebran la liberación de Kampuchea del régimen de Pol Pot. Derecha: el Presidente filipino, Marcos, durante una reunión del ASEAN en Kuala Lumpur.)